

ENTREVISTA A ULRICH BECK Globalidad y Cosmopolitismo

INTERVIEW WITH ULRICH BECK Globality and Cosmopolitism

RAÚL MAGALLÓN

Universidad Carlos III. Madrid. España
raul.magallon@uc3m.es

Ulrich Beck (1944) es considerado uno de los "autores mayores" de la sociología contemporánea. Su defensa de la modernidad reflexiva, de la sociedad del riesgo y del cosmopolitismo han hecho de este sociólogo alemán uno de los grandes referentes del pensamiento crítico actual.

Con motivo de su investidura como doctor Honoris Causa por la UNED y dentro del simposio sobre "Migración e identidades culturales: España y Alemania en el contexto actual europeo" que acogió el Goethe-Institut de Madrid, Beck, catedrático en la Universidad Ludwig-Maximilian de Munich y profesor en la London School of Economics, tuvo la cortesía de concedernos esta entrevista.

Beck, autor de "¿Qué es la globalización?", "Un nuevo mundo feliz", "La sociedad del riesgo global", "La Europa cosmopolita: Sociedad y política en la segunda modernidad", había abierto el día anterior el ciclo de conferencias sobre migración con la ponencia "Una desconocida cumple 50 años: la Unión Europea como proyecto cosmopolita".

Con este argumento como cuestión de debate, iniciamos la entrevista.

¿Qué conexión hay entre la vieja "aldea global" y la "globalización", o mejor aún, "glocalización"?

La noción de globalización es un concepto que se piensa de una forma demasiado lineal. En realidad, es un proceso dialéctico que incluye también la localidad, pero dándole un nuevo valor. Es decir, la globalización es un proceso que se expresa también en las relaciones sociales diarias.

En sociología, por ejemplo, se utiliza el concepto de glocalidad que significa no solamente la existencia de nuevas tendencias globales, sino que las personas en determinados contextos locales reflexionan acerca de ello y lo viven como parte integrante de su vida cotidiana.

En ese caso, ¿sigue vigente el concepto de globalización?

La globalización es un término demasiado general. En el debate público es un concepto que se equipara sobre todo a la globalización económica. Y los economistas dicen que ni siquiera en ese sentido tan sencillo en el que se está haciendo, se puede hablar de globalización económica. Si tomas, por ejemplo, el indicador de las relaciones comerciales internacionales entonces vemos que lo que existe es más bien una regionalización. Por ejemplo, tenemos que ver cómo en Asia o Europa aumentan las interdependencias. Sin embargo, hay muchos ámbitos —incluso económicamente hablando— que no se encuentran explícitamente dentro de la globalización.

En cuanto a la dimensión cultural, de hecho es un concepto menos satisfactorio si cabe. Si hablamos de identidades o relaciones sociales, entonces lo que ocurre es que a las personas se les obliga a percibir de una forma nueva y distinta al otro, que es culturalmente diferente. Ese que es culturalmente otro, es el que luego es excluido dentro del horizonte nacional de un país.

Aunque también nos damos cuenta de que eso cada vez es menos posible porque las personas hoy en día a nivel mundial están viviendo en un presente simultáneo, pero en pasados muy diferentes. Tienen historias muy diferentes, y por lo tanto también son víctimas y autores en otras dimensiones. Tienen también otros futuros, pero un presente común aunque ni siquiera lo quieran así.

El ejemplo de las caricaturas de Mahoma demuestra que ya no se puede delimitar sólo a un país —en este caso Dinamarca— sino que tiene consecuencias mundiales. Eso es lo que quiero decir con ese presente simultáneo; son vecindades asignadas en las que ya no son válidas las fronteras, y esa es la situación novedosa.

¿Qué significa hablar de cambio global? ¿Y de cosmopolitismo global?

El cosmopolitismo parte de la idea de reconocimiento del otro y de cómo nos comportamos respecto al otro. No lo podemos excluir ya más. Esa es la situación cosmopolita, aunque tiene muchos lados oscuros debido a que la gente no está preparada ni dispuesta a ello.

Esta nueva situación de la comunicación, de las percepciones del otro, además está ligada básicamente a los nuevos medios de comunicación. Y de este modo se dan estas relaciones simultáneas en todo el mundo en el ámbito de la comunicación. Lo mismo ocurre en el mercado laboral, con nuevas situaciones.

En un momento dado, quizá se pueda considerar que los puestos de trabajo sean intercambiables a nivel mundial. Ahí vemos la ambivalencia de esta situación: las personas no han elegido esta proximidad o vecindad nueva que tienen, pero tienen que hacerlo.

¿Qué estado de salud tiene la llamada “cultura de masas” en la actualidad?

La cultura de masas la verdad es que siempre se ha expandido más allá de las fronteras. El consumo es un ejemplo de que ya no solamente vivimos en ámbitos nacionales o de que sólo se pueda percibir en ámbitos nacionales.

Al mismo tiempo, creo que también hay una especie de idea equivocada. Muchos piensan que esa cultura de masas es una especie de homogeneización, de expresión de la igualdad para todos, donde todo el mundo escucha la misma música y compra los mismos productos.

Puede que así sea para algunos ámbitos, pero tenemos una combinación, un nexo nuevo. También hablamos de la criollización, y eso se percibe en el ámbito de la cultura y de la música, pero también en el ámbito del consumo.

Un ejemplo: tomemos McDonald en China. Se produce una transformación basada en la tradición china, que hace que los chinos lo vean como un producto chino y no como un producto global. En la música, existen nuevas mezclas entre lo global y lo local. Las culturas locales se unen para formar algo nuevo en lo global. Y creo que es una idea equivocada incluso que se piense que sólo la cultura americana domine.

En este sentido, y en relación a la dialéctica abierta en torno a la construcción de Europa, ¿no cree que le falta una especie de *imagen de marca*? ¿No resulta necesario pensar en una *Europa de las Imágenes* como forma de integración?

Es cierto, Europa no está bien visible. Incluso políticamente se puede ver así. Europa está en ese circuito del Estado nacional porque son los Estados nacionales los que ejecutan lo que es Europa. Se necesita crear una narración que haga comprensible y visible lo que es Europa en la vida cotidiana. Y si lográramos plasmarlo en imágenes visuales sería un gran avance.

Frente a la idea de las identidades culturales, ¿es posible establecer simplemente una Europa basada en valores compartidos?

Sí, si no es así no funcionaría. Tampoco tenemos ninguna dificultad en nombrar esos valores: si hablamos de libertad, de economía de mercado, de derechos fundamentales... todos reconoceremos que son muy importantes para Europa. Incluso, podemos afirmar que no son específicos de Europa sino también de todo Occidente.

Lo que se necesita además de los valores, es que todos estemos de acuerdo con determinados procedimientos. Cómo tratamos, por ejemplo, el reconocimiento del otro. Ese consenso es esencial.

Por lo tanto, ¿es posible pensar en una Europa de las regiones culturales como posible solución a la llamada crisis de Identidad europea?

Sí, esa idea de que Europa sólo se componga de naciones es un producto de la primera etapa moderna, es un producto del siglo XIX. Si recordamos, Europa antes estaba formada por estructuras de Imperios con múltiples idiomas. Creo que en el contexto postnacional europeo podría funcionar, aunque tendría un problema si sólo se recogieran las tendencias

étnicas de división dentro de los Estados nacionales y se etiquetaran como identidad regional dentro de Europa.

Si vemos biográficamente lo que es Europa, se define a partir del multilingüismo. No solamente es un idioma, es un acceso a la cultura. Europa es una poligamia de culturas que implica que podemos amar las distintas culturas europeas de forma plural.

Un asunto de actualidad, ¿ve factible la enseñanza de una Historia o una Literatura Europea?

Nosotros tenemos algo así. En los distintos países existe aunque se pueda distinguir. Tenemos una Historia europea y al mismo tiempo distintas historias nacionales. Pero hay otra variante que a mí me parece aún más interesante. Dentro de las historias nacionales, y debido a los conflictos bélicos del pasado europeo, podríamos tomar esos mismos conflictos y podríamos representarlos desde las diferentes perspectivas nacionales, obligándonos a ver en este tipo de conflictos las perspectivas de los otros e introduciéndolos en las clases prácticas de Historia.

Sin embargo, ¿no podemos correr el riesgo de reducir la historia europea a una historia de los acontecimientos europeos? ¿A una historia de las guerras europeas?

Sí, es cierto. Sobre todo al tratar temas como el colonialismo o el imperialismo. Ese sería el siguiente paso, y debería realizarse tanto en el contexto nacional como en el contexto europeo.

El punto de vista cosmopolita nos obliga a adoptar una perspectiva colonial e incluirla en esa autocomprensión que tiene Europa de sí misma.

Entonces, ¿cuál es el alma de Europa?

En este momento, es la cuestión central. En principio, debe explicarse partiendo de la idea de que las personas no entienden lo que es Europa. Tienen el guión nacional, y luego tienen la impresión de que Europa les está quitando algo, poniendo en peligro la identidad nacional, quitando seguridad en lo social, creando nuevas situaciones de competencia, además de estar muy lejos. ¡Es Bruselas!

En Europa del Este es casi como Moscú, algo ajeno, extraño. Por eso es importante la existencia de una narración que pueda explicar lo que es Europa en su día a día. Eso incluye, por ejemplo, que no veas al otro como algo que te ponga en peligro, sino que lo veas como algo que te enriquece.

¿Qué soluciones se pueden proponer?

Europa es algo que todo el mundo defendería si estuviera en peligro. Los intelectuales y partidos políticos, en gran parte, han fracasado concibiéndolo como un proyecto de élites por encima de la cabeza de la gente, y eso habría que modificarlo. Tendría que haber un

referéndum sobre la Constitución Europea en todos los países el mismo día, y entonces llegaríamos a una especie de opinión pública europea.

Creo que hay una contradicción al hacer un referéndum acerca de la ley fundamental europea a nivel nacional. Lo que tendría que hacerse es una campaña electoral europea, y también se tendría que decir: "Vale, no todo el mundo tiene que estar de acuerdo. Así es la democracia". Eso sería un paso hacia una democracia europea.

Desde esta perspectiva, ¿es posible pensar en un partido político no nacional exclusivamente europeo?

Sería una idea por la que yo abogaría. Incluso en el contexto nacional, también son necesarios partidos cosmopolitas que tengan su raíz nacional y al mismo tiempo defiendan Europa. Podría tener problemas de organización a nivel práctico, pero se crearía una nueva opinión pública europea que obligaría a los demás partidos a moverse. Incluso si al principio las adhesiones no fueran tan grandes.

Cambiando de problemática, hoy en día —y teniendo en cuenta la vigencia de su definición de *Sociedad del Riesgo*—, ¿la integración del hombre y de las nuevas tecnologías, hace pertinente establecer nuevas categorías que sustituyan a la tradicional oposición entre naturaleza y cultura?

Vivimos una situación en la que es cada vez más difícil separar estas dos esferas. Por ejemplo, la catástrofe climática. Hay algo de natural, pero lo interpretamos como algo producido por el ser humano. Es pues una naturaleza industrializada, que nos obliga a tratar de una forma nueva este fenómeno exigiendo responsabilidades.

La sociedad del riesgo tiene una curiosa reflexividad. Los riesgos, de hecho, son un modo de reflexionar acerca de las futuras consecuencias. Cuanto más pensamos acerca de ellas, tanto más podemos ver que realmente no tenemos el control sobre estas consecuencias. Hecho que nos obliga a concebir una nueva política.

Eso es muy complicado, porque la Edad Moderna esta orientada a controlarlo todo a través de la técnica, el mercado, etc. y quiere aplicar las antiguas recetas sobre las nuevas consecuencias que se están viviendo ahora.

Continuemos con el debate acerca de la catástrofe climática. Algunos piensan que si desarrollamos nuevas tecnologías lo vamos a controlar. Daré un ejemplo irónico, quizá tengamos que construir coches, pero que no consuman gasolina sino que produzcan gasolina. Esa podría ser una de estas utopías.

Si reflexionamos más profundamente, vemos que las soluciones técnicas no serán suficientes. Los estilos de vida tienen que cambiar, el problema de la justicia global también desempeña un papel muy importante, las soluciones estatales no van a ser suficientes...

Es decir, se crea un proceso político abierto. Un proceso que los partidos políticos aún no quieren percibir pero que es uno de los grandes experimentos que vamos a ver en los próximos diez años.

Por lo tanto, ¿qué relación se establece entre la Sociedad del Riesgo y la llamada Sociedad del Conocimiento?

En primer lugar, debemos pensar que todos los intentos por parte de las instituciones de crear nuevas seguridades para volver a controlar de forma nueva los riesgos, a su vez crean nuevas inseguridades. Lo llamamos *inseguridades fabricadas*.

La ciencia es un buen ejemplo. Ya no se trata de crear seguridades tal y como hacía la religión, aunque es cierto que en ocasiones los expertos sustituyen a los sacerdotes dándonos nuevas seguridades.

En el ámbito de los riesgos, vemos que el mismo riesgo —por ejemplo— provoca opiniones muy diferentes en los expertos. Los buenos expertos son cada vez más conscientes de que en realidad no saben cuáles son las consecuencias de determinadas decisiones y que sólo *a posteriori* vamos a poder reconocer lo que ha ocurrido. Es decir, la cuota del no saber ocupa un espacio cada vez más grande.

¿Qué alternativas deben plantearse?

Necesitamos conceptos e instituciones que intenten anticipar las consecuencias de sus decisiones y luego integrar esos conocimientos en la misma decisión.

La sostenibilidad, sería un buen ejemplo. Es decir, qué efectos tendrá nuestra decisión sobre las futuras generaciones porque esto nos obliga a un proceso de reflexión constante.

No es sólo una respuesta científica, sino también una respuesta política que suscita nuevas cuestiones sobre lo que es o no justo en relación con las futuras generaciones, los países en desarrollo, etc. Hay que llegar a compromisos y consensos nuevos. Ahí tenemos de nuevo el puente del cosmopolitismo integrando a las nuevas generaciones, pero también a otras culturas.